

Cripteya: Policía secreta del estado espartano, formada por jóvenes de 20 años, a disposición de los éforos para toda clase de actividades violentas, terroristas, ejecuciones, etc. La pertenencia a este cuerpo, que exigía cometer un asesinato, formaba parte de la educación viril. Mediante la participación en esta actividad cruenta, el adolescente era elevado a la dignidad de hombre. Se los empleaba para asesinar a los ilotas peligrosos, vigilar las propiedades rurales, arrestar a personajes importantes y amedrentar al ciudadano para conseguir su total sumisión.

“Diccionario de términos básicos para la historia”. Abós, A. y Marco, A. Ed. Alhambra.

CRIPTEYA

Un golpe seco en las costillas me despertó y me puso en guardia. Miré a Héctor que se llevó un dedo a los labios mientras me señalaba a una pareja de esclavos huidos que se afanaban en recoger manzanas bajo los frutales. Había pensado que ese momento no llegaría, que aún tendríamos que seguir vagando por los campos, durmiendo uno mientras el otro permanecía vigilante, atento a la presencia de cualquier ilota fugado. Como cualquier joven espartano ansiaba el momento de pertenecer a la cripteya, dando caza y ejecutando a un esclavo que hubiera huido, para así convertirme en ciudadano de pleno derecho, en un guerrero adulto y respetado, encarnación de las virtudes espartanas: fortaleza, templanza y resistencia.

No me gustó que en el sorteo me tocara con Héctor. En el campamento siempre estaba a mi zaga, envidiando mis victorias y usando triquiñuelas para intentar superarme en el tiro con arco, en la lucha con espada o en el pancracio cuerpo a cuerpo. Rara vez lo conseguía y notaba su mirada torva clavarse en mí cuando yo recogía el laurel del triunfo.

Estos días sin embargo su comportamiento y entereza me habían sorprendido. Aguantó muy bien dos días sin agua, él descubrió el riachuelo que aplacó nuestra sed.

Ahora ya sólo nos quedaba el último paso, acabar con los esclavos y volver victoriosos con las pruebas de nuestro triunfo. Las manzanas verdes se tiñeron de gotas rojas que dejaban regueros finos y tibios. Sólo al ver manchas más oscuras salpicando las manzanas y notar el calor que atravesaba ardiente mi pecho, comprendí que Héctor volvería solo y por fin, victorioso.

José Manuel Gómez Benítez.